



CAPÍTULO DÉCIMO

I

EN pocos días ¡cuánto camino andado! Agueda Pía siente el vértigo de la situación aguda, culminante, insostenible, fatal en que se encuentra.

¡Oh, tanta felicidad lleva algo trágico en sí misma!

No es que Marco Fortis le haya confesado su amor; no es que haya recibido la confianza del cariño de Agueda Pía, con transportes de júbilo; con lágrimas...

Esto lo descontaba Agueda Pía. Sí; cuando dudaba más, lo descontaba, estaba segura de ello.

Pero es que los acontecimientos se han precipitado vertiginosamente desde

el instante aquel. Es que este amor de Marco Fortis, lleva en sí mismo la violencia de las ráfagas tempestuosas y no pasa por el alma florida de Agueda Pía sin quemarla y desolarla.

—Más; ámame más cada día, Agueda, salud mía, salvación mía, destino mío.

Es más que una súplica: es algo como una amenaza inversa: una angustia de todos los momentos. Una fiebre de avaricia que recuenta el oro en todas las tinieblas.

Marco la ama encarnizadamente; como si la defendiera; no como si la deseara.

Agueda Pía, instintivamente, ha visto un peligro... ¿cuál...? No se lo explica; pero vive alerta, en aquel ápice escarpado del absoluto amor, donde la ha puesto Marco.

II

Ronda Mamá Dolores, con una zozobra infinita, entorno á los enamorados. Mari-Pepa, como una bestia fiel, sin necesidad de recibir órdenes, en la muda reptación de sus espartañas, por los recodos, por la espalda de las grandes rocas, por los caminos y por los senderos, en las siestas ardorosas, diluye en vigilancias sus alarmas. El viejo Chopo olfatea también algo en el aire, y rea-

nuda conocimiento, por las escarpaduras de las colinas cercanas, con sus antiguos escondrijos de contrabandista.

Agueda Pía no ha vuelto á hablar palabra de sus amores á su madre, desde la noche aquella lacrimosa en que dudaba.

Marco Fortis, al día siguiente, en «Las Termas,» entre el barullo de los obreros que esculpían mármol, le declaró su amor.

Desde aquel punto, vive Agueda en una perpétua continuidad de pasmo radiante. Le sería difícil dar cuenta de sus días... ¿Cuántos han pasado desde entonces...? No lo sabe... ¿Acaso esta situación luminosa dura desde que nació...? Tal vez sí... ¿Han muerto todos los suyos...? No: los lleva dentro de sus entrañas, vivos en su amor, y no necesita comunicarse con ellos, hablando... ¿Lloró su madre ayer...? ¿Por qué lloraba...? No; no puede llorar... Su madre está en ella: es un trozo de su alma y está como todo el resto, empapada, embebida, volatilizada en aquel inmenso amor que la enajena á ella.

Agueda Pía, voluntariamente, quisiera salir alguna vez de aquel encantamiento. En ocasiones, se le imagina que hace traición á todo el doloroso enjambre de mártires humados, metida como está, sin solución de tiempo, en

este luminoso festín de sus amores... Pasan ráfagas de recuerdos, levantando ondas apenas visibles en el lago de oro fundido de su alma... Las gentes de su casa... Los días de su infancia... Raminchu... Sus perros... Las flores de su ventana, que no riega hace cien años... y su madre... ¡Otra vez su madre...!

En ocasiones, llega á hacerse violencia... ¡Si saliera de sí misma para ir á contarles la nueva paradisial de su alegría...! ¡Pobres cosas lejanas que se obstinan en no cambiar cuando ella está transfigurada...! Inicia un gesto de piedad: tiene una inclinación condescendiente... Pero se arrepiente luego... ¡Dejar su sueño de beatitud...? Recorre toda su alma una crispación de pánico... ¡Oh, los demás esperarán...! Ya irá ella á juntárseles: ya les verá, ya les hablará, ya les consolará; ya llorará con ellos... Pero, ahora, no... ¡Deseó tanto este momento...! ¡Lo quiere todo entero...! ¡Había codiciado tanto estos lugares santos! Se empereza en ellos... Tiene una superstición alarmante: acaso ocupa el sitio que es de otro y, si una vez lo deja, va á perderlo sin remedio...

Soñamos, á veces, sueños dulces: un rumor, un grito, un dolor están á punto de despertarnos... Nuestra pobre voluntad sensual protesta con todas sus fuerzas de golosa: ¡no; no quiero disper-

tar...! ¡no; sueña, sueña, sueña, alma bendita...!

En esta situación se encuentra Agueda. Con el cáliz de cristal de su felicidad entre las manos, alarga desesperadamente los brazos al sol, y en una vertiginosa carrera, huye por las escarpaduras de las rocas, miedosa de todos los ataques, y á cada instante, teme tropezar, caer, chocar con lo desconocido, en las tinieblas...

III

Los obreros, que picaban mármol, se han marchado...

En «Las Termas,» la alegría de una resurrección.

Marco, sentado en el capitel favorito de Agueda Pía: ésta á sus pies, muy cerca del agua, contemplándole.

Sobre el promontorio los perros. Yendo y viniendo por el sendero, en un estado de vacilación y angustia indecible, Mamá Dolores.

Marco ha dicho:

—¡Cuenta otra vez...!

—¿Qué?—pregunta Agueda Pía—deseando que Marco le repita la orden toda entera.

—La historia de «Las Termas,» Agueda. ¡Cuéntala hoy otra vez! quiero saberla bien; ponerla entera aquí.

Y, con un gesto circular y vago, señalaba la obra á medio hacer.

Agueda dijo:

—Va á cansarte. Te la he repetido tantas veces que las mismas palabras han acabado por encadenarse dentro de mi memoria y vuelven invariablemente cada vez que te hago el relato, como en los cuentos de los niños.

—Esa monotonía me encanta todavía más... Cuéntame, Agueda.

—¿Por última vez?

—Por última vez, hoy; te lo prometo.

Ha hincado los codos en sus rodillas; ha hundido su cara entre las manos y está en actitud de profundísima atención...

La tarde cae...

IV

«—Verás—dice Agueda Pfa.—Mi pobre tío Jorge era la gracia, el ídolo y el sol en la casa, que yo no conocí, de mis abuelos. Conozco estos detalles por mi madre.

»Mi pobre tío Jorge, hermano de ella, se le parecía y no se le parecía. Ella es blanca, Jorge fué moreno; ella es dulce, él era imperioso y violento; ella resiste al dolor, porque está construída para él; mi tío no pudo resistirlo y al primer embate, á la primera contradicción de

las cosas, él, que no había aprendido á sufrir, dobló su cabeza de Dios que estaba hecha para recibir únicamente adoraciones.

Los abuelos de mis abuelos habían hecho el contrabando en este pueblo; sus padres fueron comerciantes; ellos, más fuertes, más educados, más innovadores crearon una industria poderosa: mi tío Jorge, como si prematuramente estuviera cansado de todos los modos y maneras de la sociedad actual, se hizo explorador... Viajaba... Estuvo en relación con italianos, con ingleses, con suecos... Tuvo un barco... Consumió en seis años casi toda la fortuna de mi casa.

El instinto práctico de mi abuelo protestaba contra la inutilidad de aquella vida y de aquel gasto... Las dos mujeres de la casa, mi abuela y mi madre, se encargaban de adormecer los escrúpulos y tacañerías del buen hombre, sacando siempre á flote los caprichos, los antojos y las genialidades del tío Jorge que tenía alma de Infante.

V

Estaba el favorito en uno de sus viajes cuando casó mi madre.

Yo no tuve la dicha de conocer al padre mío. Me dicen que era dulce, calla-

do, tímido como una mujer: inteligente, paciente y estudioso como un benedicto viejo. Era escritor. Ha habido un tiempo en nuestra tierra en que una reacción, tal vez prematura, pasó, como una racha, encendiendo en ansias de cultura meramente espiritual todas las almas. La generación que precede á la mía, es una generación de enfermos geniales. Se han olvidado de su cuerpo para dar su alma á su país.

Sigamos.

Pudo ser un idilio el matrimonio de mi madre. Pero el destino la tenía escogida de antemano para el sacrificio.»

Hay un temblor en la voz de Agueda Pía cuando pronuncia estas palabras.

VI

«Entró una noche en la casa de mis Abuelos (mis padres vivían con ellos), regresando de uno de sus viajes, tío Jorge.

Estos bruscos regresos del Infante solían traer el desorden, la luz y la alegría estrepitosa al hogar morigerado y rancio de aquellos dos viejos. Mi padre era antiguo amigo de Jorge y le admiraba.

Se abrazaron.

Jorge no pudo reprimir, al abrazarle, estas palabras melancólicas:

—¡Serás feliz; más feliz que yo, Pablo! También lo mereces más.

Abrió los brazos á su hermana; le llenó la cara de besos... y, sin saber por qué—todos pudieron verlo—se le llenaron los ojos de lágrimas, al besarla.

Mi madre y mi abuela cambiaron una mirada de alarma.

Y aquella noche, cuando todos se recogieron, pasó mi padre al cuarto cuidadosamente y hasta espléndidamente alhajado del viajero, no pródigo, decidido á interrogarle.»

VII

«Mi tío confesó. Una historia confusa, inquietante; trozos de pesadilla incongruente, zurcidos á oasis admirables de amor y paz idílica... Una bancarrota formidable en un negocio de minas; un idilio en Venecia, un desafío en Mónaco... El juego... Un mes de *vena* y el idilio se reanuda, crece, se hace el objetivo principal de aquella vida... ¿Quién es aquella mujer...? Una bolognesa... No sabemos más... Jorge la llama *Bianca Pía*... Lloro, recordándola...

Mi padre, intensamente conmovido, le consuela, le mima, le insta á proseguir...

Mónaco otra vez... el juego... Pérdidas en la mina, casi el hambre... Pasa por el idilio un viento de tragedia... Una fuga... La vida azarosa, inquieta, á salto de mata, sin brújula, sin camino, sin amparo. La mujer que enferma: la desesperación, el hambre casi.

Y finalmente—una tarde—el recuerdo del hogar paterno: las manos amigas, los corazones que comprenden, las pupilas que siguen y protegen, vigilantes; los labios que consuelan.

Mi padre estrecha la mano á tío Jorge: los dos están igualmente conmovidos.

El hogar... para él; pero... ¿la mujer...?

Y así concluye: han llegado juntos... Ella no pasará la noche en casa; está cerca; en una fonda pobre... Le aguarda, enferma, enferma siempre, la infeliz, la enamorada, la mártir.—¿Qué será de ella?—Es preciso que sus padres se decidan á ampararla...

—¿Verdad que lo harán, Pablo?—No ya por él; por humanidad, por compasión, por piedad, de limosna, ¿verdad?

Y el Infante, el privilegiado, el principesco, el refinado, el curioso, el divino, el risueño, solloza, solloza como un niño, abrazado al cuello de mi padre, incapaz de iniciativa, de acción y de energía.»

VIII

«Apiñóse la familia como un cañaveral cuando lo azota el viento para resistir á aquel embate enorme...

Quedó el padre anonadado por la catástrofe material; por la deshonra y el descrédito del hijo que, inconsciente como *la Muñeca* de Ibsen, había llegado hasta la estafa criminal en sus zarpazos contra la tormenta. No le quedó corazón para entrar en el drama sentimental del tío Jorge. Estaba anonadado... Metióse en su despacho: trazó números; escribió á antiguos correspondientes, firmó giros, vendió casas, máquinas... No quería saber nada, de nada... Metido con todas sus fuerzas en la rehabilitación moral de su hijo, le habría dejado morir en un rincón, sin verle casi; mientras empleaba las horas del sueño, de la comida y del descanso, en trabajar de nuevo por su nombre.

Pero mi padre y las mujeres no podían abandonar al «favorito». Para ellos, el lado comercial de la tragedia no tenía interés... ¿qué tenía que ver aquello con el dolor de Jorge...? ¡Oh! Bianca Pía debió ser dulcemente feliz aquella mañana cuando Jorge triunfante, risueño, animoso y confortado otra vez en el cariño de los suyos, pe-

netró en el rancio cuarto de la fonda obscura, llevándola, más que un consuelo, una familia: una madre, una hermana, un hermano mayor, juicioso y adorable!

Tomó calor de intimidad aquel cuartito.

Comenzó á cantar sobre los mármoles mugrientos de las dos mesitas, el hervor de las tisanas.

Rodaron, por los sillones anónimos, labores femeninos de lana y estambre, á medio hacer.

Sobre un jarro, en la cómoda, hubo flores, rosas blancas que gustaban á la enferma, y que mi padre cuidaba de comprar cada dos días.

Jorge no se movía del lado de la enferma. Apenas soltaba una de sus manos, al verla adormecida, ella volvía la cabeza, abría sus grandes ojos, de ordinario escondidos por los párpados exangües y le buscaba ávidamente.

Mi abuela recibía al médico: tenía con él los largos diálogos; apuntaba horas, tomaba temperaturas, ejercía de enfermera...

La enferma le sonreía maravillada y agradecida, cada vez que ella, con manos sapientísimas, acudía á darles vuelta y á ahuecar maternalmente sus almohadas.

Con Jorge cambiaba algunas pala-

bras en italiano: con los demás, no sabiendo nuestra lengua, callaba; pero les daba gracias con los ojos y con una sonrisa que les hacía felices y que mi madre, alguna vez, ha creído ver reflejada en mis sonrisas.

Es mi orgullo.»

IX

«No abundaban los recursos.

Como mi abuelo ignoraba todo aquello y mi padre no creía llegado el momento oportuno para confiárselo, fué preciso que éste hiciera esfuerzos desesperados para subvenir á los gastos crecidísimos que los cuidados de Bianca Pía requirieron. Mi madre cree que entonces contrajo su marido la terrible enfermedad que le llevó al sepulcro.

Bianca Pía iba convaleciendo... Pasado el invierno, parecía que su cuerpo aterido se fuera desentumeciendo y floreciendo con la primavera.

Un día, mi padre tuvo, en el cuartito de la enferma, cónclave con la familia.

Al parecer los negocios de tío Jorge acababan de entrar, gracias á los esfuerzos encarnizados de mi abuelo, en vías de una solución honrosa.

Esto de una parte, y de otra la rápida convalecencia de Bianca Pía, que iba á salir á la calle de un momento á otro y

que por consejo de todos los médicos no podía dejar de trasladarse al campo para reponerse, volvía á poner sobre el tapete, de una manera aguda, la cuestión sentimental.

Mi madre había sido la encargada de explorar á tío Jorge. Sí, tenían confianzas de que hablase con ella más francamente que con su cuñado.

Había que hablar de matrimonio á la pareja enamorada, si se quería contar con el apoyo de mi abuelo.

Tío Jorge sonrió con una melancolía amarga...

El matrimonio era imposible. Bianca Pía era casada. Su marido muy rico, muy celoso, había jurado matarla... El tío Jorge decía estas cosas con una sonrisa melancólicamente dulce, que ponía al descubierto la doble hilera de sus dientes magníficos y fuertes: una sonrisa de tigre y de cordero, al mismo tiempo.

Mi madre se separó de él, amargadísima. No veía solución posible á aquel conflicto. Se comisionó á mi padre para que tanteara al viejo abuelo, sin cuya eficaz cooperación aquel pequeño mundo de seres alambicadamente enfermos y sentimentales entraba en la catástrofe.

Papá supo insinuarse y aun imponerse al noble anciano, sin presentar de

frente la cuestión... Expuso, ante todo, el caso, á la manera vieja, como el de unos amores contrariados, en Italia... Evidentemente, Bianca Pía había hecho mal en abandonar su hogar; pero, al fin y al cabo, el amor que la movía era disculpable... Además, su larga enfermedad atestiguaba del sentimiento y del trastorno con que dió este paso... Mi padre agarróse á la emoción con que seguía el viejo la relación de las desdichas de su pobre familia, alrededor de la enferma dulce y desconocida, aquel invierno.

—Pero ¿cómo ha sido posible subvenir á tanto...?

—Yo he trabajado bastante...

Y aquel viejo, curvado sobre su mesa de trabajo, se avergonzó casi de que su yerno hubiera tenido que trabajar para librar de angustia á los suyos.

Desde aquel momento, ganado el corazón del patriarca, fué todo lo demás de la conversación como una seda. Y un primer plan de nueva vida se estableció sobre esta base:

Mi padre acababa de liquidar sus negocios personales para sacar á flote los de Jorge. La familia levantaba el campo de la capital de provincia donde estaban y se trasladaba á un pueblecito, orillas del mar, donde paso á paso irían madurando y echando los cimien-

tos de una empresa naviera, bajo la dirección técnica de Jorge, si, al fin, se decidía á trabajar. Bianca Pía casaría con Jorge, obtenido después de la rehabilitación el consentimiento de sus padres.

—Creo que no los tiene, apuntó voluntariamente mi padre.

—¿Pues, entonces?

—¡No sé; no sé bien!—Hay una historia de familia.—Jorge no me habló del todo francamente, en este punto.

—Pues será preciso que hable claro, si hemos de entendernos.

—¡Bah!—concluyó mi padre.—Afortunadamente en el pueblo adonde vayamos no seremos conocidos y podremos prescindir de ciertas formalidades...

—Sin embargo, sin embargo, yo no puedo...

—Ya sé, ya sé, papá; pero quiero decir será más fácil todo.

—¡Más fácil, más fácil!—refunfuñó el viejo—conociendo que iba perdiendo terreno á pesar suyo. ¡Qué ese libertino no crea que, á mis años, va á poder jugar conmigo!

Dió media vuelta y se encerró en su oficina, á liquidar toda su vida de prolijidad y de labor en beneficio del adorado, mimado y secretamente admirado «libertino».

Y estas eran las noticias que mi padre

tenía que comunicar á sus cuatro oyentes, reunidos aquella tarde en cónclave, en el cuartito de la convaleciente.»

X

«Mi abuelo tuvo el tiempo justo de liquidar sus negocios.

Pudo llamar á su hijo Jorge y enterarle personalmente de sus planes: aprovechó el momento para decirle que quería ir con él á conocer á Bianca Pía...

—Papá, papá, ¡qué bueno eres! Lloraba Jorge como un niño: lloró también el viejo.

Con la emoción de aquella escena no contaba nadie; pero aquella misma noche, una angina de pecho, en tres minutos, acababa con la vida laboriosa y preciosa de mi abuelo.

Y, roto el eslabón aquel, dolorosamente, inevitablemente, se deshizo la cadena.

Asustó á la familia el golpe brusco y al reunirse por la primera vez en la casa común y no en el cuarto de la enferma, aquella noche, velando el cadáver del patriarca, todavía fuerte y enérgico de expresión bajo la venerable albura de su barba lacia, confiesa mi madre que, por la única vez en su vida, miró con una especie de terror supersticioso á Bianca Pía.

Sin embargo, Jorge la quería tanto que, á mi madre, aunque no pudo evitarlo, le dió vergüenza de haber tenido aquel miedo momentáneo...

A los pocos días, ordenados los negocios de tío Jorge y al frente la familia de un respetable capital, último resto de la liquidación paterna, trasladóse á este mismo pueblo en que ahora estamos.

Jorge, viendo restablecerse rápidamente á Bianca Pía, en la radiante serenidad de cielo y mar, se repuso con más facilidad que los demás, de aquel dolor.

Dicen que mi abuela estaba fatal... Seguía, vacilante, los pasos de su hijo, como si de aquella renovada vida suya quisiera aspirar, aspirar todo el perfume, antes de morir.

Inútil todo. En aquel mismo otoño, como dicen las buenas gentes del pueblo, *al caer de la hoja*, visitó la familia, por la primera vez, el cementerio, cuya cruz ves desde aquí, acompañando los restos de la pobrecita anciana.»

XI

«Mi tío Jorge, en la atonía de todos los demás, había tomado la directiva de la pequeña tribu.

Una fiebre de afirmación, de acción, de agitación, de largos viajes volvía á invadirle. Pero le retenían en este rin-

cón las amonestaciones de su hermana, miedosa siempre de las amenazas que, según le contó tío Jorge, había profesado, una vez, el marido de Bianca Pía.

Mi madre es como yo, Marco: retiene la parte dolorosa de las cosas y lleva el cálculo de todos los dolores, como un regulador de todas sus alegrías.

Para entretener los ocios y las impacencias de Jorge y, al mismo tiempo, para mayor comodidad de todos, mientras llegaba la oportunidad de volver á lanzarse mi tío á sus empresas, compróse, entonces, á nombre de Bianca Pía, este terreno y empezaron, al mismo tiempo, las dos construcciones que hoy lo ocupan: la casa Blanca y «Las Termas».

Mis padres cuidaban de la casa; Bianca Pía y tío Jorge de «Las Termas» que habían sido idea de este último.

Bianca Pía y Jorge se vieron, por la primera vez de su vida, en Carrara, cerca de Bolonia. Fué, pues, necesario que viniera de Carrara todo el mármol destinado á esta especie de monumento sagrado, erigido á la gloria y al triunfo de su amor.

Tío Jorge conocía algunos arquitectos italianos. Le pareció que uno de ellos comprendería mejor su idea, un poco alambicada, que los arquitectos de nuestra tierra, metidos entonces y ahora

todavía, en un arte de renovación violento y hosco.

Escribió, trató, resolvió finalmente.

Y vino de Italia el arquitecto y—como dice mi madre—la fatalidad con él.

La Casa Blanca estaba ya cubierta cuando comenzaron, en realidad, los trabajos de «Las Termas».

El Arquitecto hacía vida común entre mis padres y mis tíos. La comunidad de patria hizo que se fuera aficionando al trato de Bianca Pía. Era joven.

Tío Jorge amaba demasiado á la italiana y era celoso como lo somos en España.

Un día, después de una conversación un poco brusca con mi tío, el Arquitecto se despidió de todos y partió.

En realidad su misión había terminado. Los obreros trabajaban solos: los planos estaban trazados y medidos: su presencia ya no era necesaria. Pero mi madre dice que pensó aquel día que el Arquitecto era corso y que tío Jorge, néciamente celoso, le había tratado con dureza.»

XII

«Los otros continuaron.

Cuando, ya casi de noche, los obreros acababan de recoger sus herramientas, Bianca Pía que adoraba como yo este

sitio, solía descender y sentarse en ese mismo capitel de columna donde luego me he sentado yo y donde tu te sientas ahora, Marco.

No tardaba en reunírsele tío Jorge que, por entonces, compartía su cariño y su ilusión á «Las Termas» con los proyectos de una complicada expedición al Polo, en la que Bianca Pía debía acompañarle...

Una tarde, contra su costumbre, tardó tío Jorge en reunirse á Bianca Pía. Esta, aguardándole, en su sitio no vió que iba cerrando la noche, profundamente obscura...

La reptación solapada de una nave sobre el agua le dió un pánico instintivo: vió, entre las sombras, una sombra sobre el mar; de aquella sombra grande, se había destacado otra más pequeña, una lanchita, que bogando á toda furia, venía hacia «Las Termas»...

Bianca Pía debió tener un instante de miedo.

El viejo Chopo, mozo entonces, que, desde una colina cercana, con sus pupilas de hombre semi-salvaje, pudo seguir confusamente la escena, nos ha dado, después, estos detalles.

¿Creyó Bianca Pía que en la menuda barca era su Jorge el que venía á reunírsele?

Cabe pensarlo, porque, habiendo ini-

ciado ya una fuga por el sendero, se arrepintió después, volvió pasos atrás y espero á pie firme, que atracara el bote.

Salieron de él dos sombras: el viejo Chopo afirma que llegó á reconocer, en una de ellas, al Arquitecto corso. Son conjeturas...

Corrió, de nuevo, Bianca Pía; pero ya era tarde. Las dos sombras se apoderaron de ella: sonó una voz terrible, pronunciando en el silencio de la noche estas palabras:

—*¡Bianca Pía, sono io!*

El viejo Chopo echó á correr, llevando la alarma á la Casita.»

XIII

«Ya Pablo y Jorge había nacudido á «Las Termas», creyendo oír gritos.

A medio sendero, mi padre oyó distintamente el ruido de un cuerpo, hundiéndose en el agua.

Cuando llegaron á «Las Termas», Bianca Pía no estaba allí.

Tío Jorge lanzó un grito estridente y amartilló un revólver, echándose al agua, en persecución de un bote negro que se alejaba á toda prisa.

—*Vi amazzo, vi amazzo...*— gritaba.

Una detonación partió del bote.

Cayó mi padre, con la frente atravesada...

Y hubo un gran silencio: el enorme silencio de las muertes tremendas, solo interrumpido por el golpe furioso de los cuatro remos, que con celeridad pasmosa se iban acercando á la gran nave.

Atravesaba un jadeo la superficie blanda y oleosa de las aguas: rebullían unas espumas y un brazo armado salía del abismo, amenazando al cielo...

Cuando el viejo Chopo, mi madre y Mari-Pepa llegaron á «Las Termas,» sonó una detonación.

Tal vez en el momento de expirar, protesta terrible, el brazo armado disparó á los astros...

Y en aquel mismo instante, con un silbido estridente, viró la gran nave, escapando á toda máquina...

XIV

Mi padre estaba gravemente herido. Sin la tisis que le minaba habría podido sanar de aquella herida.

Pero vivió tres meses nada más. Supo que yo iba á nacer muy pronto. Lloró, sonrió, besó á mi madre, y me bendijo dulcemente. Murió sin amargura.

Se pudo hallar, en la madrugada de la catástrofe, el cadáver de Tío Jorge. Se le enterró junto á su madre. Mi pobre padre le fué á hacer compañía al poco tiempo.

No se encontró el cadáver de Bianca Pía.

Sin embargo, mi padre tenía la seguridad de haber oído, yendo hacia «Las Termas», el ruido siniestro de un cuerpo que se arroja al agua. Acaso las dos sombras del bote, lograron arrancar su presa á las olas y se la llevaron, viva ó muerta, para ejercer en ella el horrible sacrificio de una venganza póstuma y tremenda...

Hay, en el pueblo, la leyenda de que el cadáver de la italiana, en las noches de luna blanca, sube á flor de agua, levantando una fosforescencia ténue, como una neblina...

Pero son leyendas.

Yo nací al mes de cumplirse esta tragedia, como si viniera á dar con mi vida testimonio de ella.

Y mi madre, asustada, atemorizada, pasmada, dolorida, procuró cercarme de todos los cuidados, de todas las prevenciones, de todas las paces, de todos los silencios, de todas las soledades que su corazón, tan combatido por la vida, le hacía desear... Y me puso por segundo nombre, Pía, en memoria de aquella mujer que fué el amor y el dolor; el destino adorado y fatal de nuestra casa.

Esta es, Marco—ya te lo he dicho muchas veces—la historia de «Las Termas».

XV

Calló Agueda Pía. Había anochecido... Mamá Dolores, sin hacer ruido, se había ido deslizándose por el sendero y estaba á dos pasos de los dos enamorados, sin que ellos la vieran, oculta por una columna.

Al callar Agueda Pía, se hizo perceptible el jadeo en el agua, de una gran nave que iba ganando, muy cerca de las rocas, el pequeño puerto... Había en la nave una luz roja... Llegaba á toda marcha.

Agueda Pía miró aquello y miró á Marco, sobrecogido de terror. Marco Fortis había palidecido...

Ni uno ni otro hablaron.

Cuando pasó la nave cerca de «Las Termas», una voz femenina, cálida y vibrante, gritó desde allí:

—*Marco Fortis, sono io!*

La fortuita coincidencia de aquel grito, con el otro que había desencadenado la tragedia de «Las Termas», acabó de sobresaltar á Agueda Pía.

Marco Fortis se puso en pie, lanzando una imprecación...

Cuanto á la infeliz Agueda Pía, su madre había tenido el tiempo justo de adelantar los brazos para recibirla en ellos...